

## MI DULCE EVA

Siempre volvía a aquel agujero oscuro, a aquella diminuta cueva, como siempre, como cada noche, agazapado en lo más oscuro de un rincón del mundo ya olvidado, engullido por una noche silenciosa. Sentía calma en aquel podrido trozo de mundo del que había echo su guarida, mientras la sangre corría por la comisura de sus labios, mientras desgarraba la jugosa carne con sus afilados dientes. El olor a muerte le daba una sensación de plenitud que nunca había conseguido encontrar de cualquier otra forma.

- Ves, Eva, lo fácil que es encontrar la felicidad – se dijo, mientras por su garganta volvía a resbalar un trozo de carne.

Una risita extraña inundó la estancia. Miró en todas direcciones. Tal vez se había escapado de su garganta. Allí no había nadie.

Volvió a dar otro bocado, volvió a sentir la paz, volvió a tragar un pedazo de vida que inundó su estómago de un calor infinito. Respiró hondo, y al hacerlo respiró miedo, un miedo que salía del cuerpo que mantenía aun caliente entre sus manos como el vaho que empaña los cristales por la mañana. Era el olor más exquisito del mundo, su olor, su todo.

Acarició el cabello que días antes había besado en su cama. Su Eva, su ángel, su razón de ser, su sepultura.

Y de repente todo desapareció. La oscuridad le engulló de nuevo y Julián despertó de golpe. Ante sus ojos volvió a mostrarse el techo desconchado de su pequeño cuarto. Buscó a Eva con una mano temblorosa y encontró enseguida su cuerpo desnudo. Ésta se estremeció, ligeramente, al notar la frialdad de una mano que la palpaba desesperada. Pero siguió durmiendo.

Julián respiró hondo y se volvió hacia ella. Allí estaba, respirando de forma lenta y pausada, con los ojos cerrados, tan bella... durmiendo aun. Contó hasta veinte y su corazón de

nuevo comenzó a latir con normalidad. Había vuelto a soñar que se comía aquel cuerpo cálido que lo era todo para él... ¿Por qué?

Se levantó despacio y se sirvió un vaso frío de agua al llegar a la cocina. Notó como el agua bajaba por su garganta, apagando el fuego que el sueño le había dejado en el estómago. Volvió a respirar hondo, mientras sus ojos se perdían por una ventana que aun mostraba una noche apagada de invierno.

- Julián, ¿estas bien?

La voz llegó a él y le sobresaltó. Se volvió. Allí estaba Eva, desnuda, mirándole apoyada en el marco de la puerta, con la sonrisa más dulce que cualquier hombre haya visto jamás. Recorrió aquellas curvas con la mirada, cada centímetro, cada porción de piel, preguntándose mil veces que había visto aquel ángel en un tipo tan extraño como él. La respuesta, desde hacía semanas, no conseguía encontrarla por ninguna parte.

- Sí, vuelve a la cama.

Las palabras no salieron de su boca, fueron vomitadas. El estómago había vuelto a darle un vuelco, mientras los recuerdos del sueño que apenas segundos antes le habían mantenido preso de nuevo comenzaban a roer cada centímetro de su cerebro. Sus ojos devoraron de nuevo aquel cuerpo, el que segundos antes había pasado por su esófago. Cerró los ojos e intentó olvidarse de él. Pero siempre seguía ahí.

- ¿Seguro? – preguntó tímidamente.

- Seguro, solo ha sido una pesadilla. Vuelve a la cama, hace frío... Ahora mismo iré yo.

La muchacha se dio por satisfecha y se fue a la cama, no sin antes mandarle un beso con aquellos carnosos labios. Mañana trabajaba, no podía permitirse el lujo de llegar tarde a aquel trabajo que le permitiría ir a visitar a sus padres en verano. Si es que llegaba al verano.

Otro escalofrío recorrió su cuerpo. Dejó el vaso de agua sobre el banco de la cocina y decidió volver a la cama. Antes echó un vistazo de nuevo a la noche que se reflejaba a través de aquella ventana. Las nubes habían desaparecido de repente. Una luna casi llena se reflejó en sus ojos y durante segundos éstos quedaron hipnotizados.

*Mañana habrá luna llena*, le dijo su cerebro, entre susurros.

Cerró los ojos de nuevo y volvió a observar, en la oscuridad, con una claridad casi enloquecedora, aquel cuerpo desnudo que ya le esperaba en la cama.

*Mañana habrá luna llena.*

- ¿Qué pensarías de mí si supieras mi secreto, preciosa Eva? – se preguntó en voz baja, mientras se dirigía a su cuarto, en busca del calor de aquel cuerpo exquisito.

Una sonrisa diabólica inundó sus labios. Había vuelto la bestia, la que agazapada en el rincón más oscuro de su cueva esperaba su momento, en silencio. Pronto llegaría su turno, mucho más pronto de lo esperado. Y cuando llegara el momento de nuevo saciaría su hambre, su apetito. Cuando llegara el

*(Mañana habrá luna llena)*

momento estaría preparada.

- Mi dulce Eva – dijo entre susurros el hombre con voz de bestia, mientras se acostaba en la cama y besaba el cuello de aquel ángel – mi dulce y maravillosa Eva.